

raditas de azúcar. Cuando no haya nadie haré una escapada a la botica. La leña ya está descargada. A las cuatro pondré el puchero como ha dicho usted, y cuando pase la mujer de la manteca, le daré sus cuartos. Todo se hará; no se preocupe usted por nada". "Gracias, hijo —respondió la señora—. ¡Pobre hijo mío, vete! ¡Está en todo!"

Quiso que tomara un terrón de azúcar, y después Coreta me enseñó un cuadrito, el retrato en fotografía de su padre, vestido de soldado, con la *Cruz al Valor* que ganó en 1886, en la división del entonces príncipe Humberto. Tenía la misma cara del hijo, con sus ojos vivos y su sonrisa alegre. Volvimos a la cocina. "Ya he recordado lo que me faltaba —dijo Coreta, y añadió en el cuaderno: se hacen también las guarniciones para caballos—. Lo que queda lo escribiré esta noche, estando levantado hasta más tarde. Feliz tú que tienes todo el tiempo que quieres para estudiar, y aún te sobra para ir a paseo!"

Y siempre alegre y vivo, vuelto a la tienda, comenzó a poner pedazos de leña sobre la romana y a partirlos por medio, diciendo: "¡Esta es gimnasia! Más que el ejercicio de pesas. Quiero que mi padre encuentre toda esta leña partida cuando vuelva a casa: esto le gustará mucho. Lo malo es que, después de este trabajo, hago unas *tes* y unas *elés* que parecen serpientes, según dice el maestro. ¿Qué he de hacer? Le diré que ha tenido que mover los brazos. Lo que importa es que mi madre se ponga pronto buena. Hoy, gracias a Dios, está mejor. La Gramática la estudiaré mañana antes que venga el día. Ah, ahora viene el carro de los troncos! ¡Al trabajo!"

Un carro cargado de leña se detuvo delante de la puerta de la tienda. Coreta salió fuera a hablar con el hombre y volvió después. "Ahora no puedo yo hacerte compañía —me dijo—; hasta mañana. Has hecho bien en venir a buscarme. ¡Buen paseo te has dado! ¡Feliz tú que puedes! Y dándome la mano, corrió a tomar el primer tronco, y volvió a hacer sus viajes del carro a la tienda, con su cara fresca como una rosa bajo su gorra de piel, y tan vivo, que daba gusto verlo. "Feliz tú", me dijo él. "¡Ah, no, Coreta no; tú eres más feliz; tú porque estudias y trabajas más; porque eres útil a tu padre y a tu madre, porque eres mejor, cien veces mejor que yo, querido compañero".

## EL DIRECTOR

Viernes 18.—Coreta estaba muy contento esta mañana porque iba a presenciar los exámenes mensuales su maestro de la segunda clase, Coato; un hombrón con mucho pelo y muy crespo, gran barba negra, ojos grandes oscuros, y una voz de trueno: amenaza siempre a los niños con hacerlos pedazos y llevarlos de las orejas a la prevención y tiene siempre semblante adusto; pero jamás castiga a nadie, y antes bien sonríe siempre detrás de su barba, sin delatarse. Ocho son los maestros, con Coato, e incluyendo también el suplente, pequeño y sin barba, que parece un *chiquillo*. Hay un maestro, el de la clase cuarto, cojo, arropado en una gran bufanda de lana siempre lleno de dolores, que adquirió cuando era maestro rural en una escuela húmeda, donde las paredes goteaban. Otro maestro de la cuarta clase es viejo, muy canoso y ha sido profesor de ciegos. Hay otro muy bien vestido, con lentes, bigotito rubio y que llaman el *abogadillo* porque, siendo ya maestro, se hizo abogado, cursó la licenciatura y compuso un libro para enseñar a escribir cartas. En cambio el que enseña la gimnasia tiene tipo de soldado: ha servido con Garibaldi, y se le ve en el cuello cicatriz de una herida de sable que recibió en la batalla de Milazo. El director, en fin, es alto, calvo, usa lentes de oro; su barba gris le llega hasta el pecho; está vestido de negro y va siempre abotonado hasta el cuello; tan bueno con los muchachos, que cuando entran todos temblando en la Dirección, llamados para echarles un regaño no les grita, sino que les coge por las manos y les hace estas reflexiones: que no deben obrar así, que es menester que se arrepientan; que prometan ser buenos; y habla con tan suaves modos y con una voz tan dulce, que todos salen con los ojos arrasados y más corregidos que si los hubiesen castigado. ¡Pobre director! El está siempre el primero en su puesto por las mañanas y para esperar a los alumnos y dar audiencia a los padres, y cuando los maestros se han ido ya a sus casas, da aún una vuelta alrededor de la escuela para cuidar de que los niños no se cuelguen en la trasera de los coches, no se entretengan por las calles en sus juegos o en llenar las carteras de arena o de piedras; y cada vez que se presenta en una esquina, tan alto y tan negro, bandadas de muchachos escapan en todas direcciones, dejando allí los objetos del juego, y él les amenaza con el índice desde lejos, con su aire afable y triste. "Nadie lo ha visto reír —dice mi madre— desde que murió su hijo, que era voluntario del ejército, y tiene siempre a la vista su retrato sobre la mesa de la Dirección". No quería servir después de esta desgracia; había pedido ya



su jubilación al Ayuntamiento y la tenía siempre sobre la mesa dilatando en mandarla de día en día porque le disgustaba dejar a los niños. Pero el otro día parecía decidido, y mi padre, que estaba con él en la Dirección, le decía: “¡Es lástima que usted se vaya, señor director”, cuando entró un hombre a matricular su chico que pasaba de un colegio a otro porque se había mudado de casa. Al ver aquel niño, el director hizo un gesto de asombro; lo miró un poco más; miró el retrato que tenía sobre la mesa y volvió a mirar al muchacho sentándolo sobre sus rodillas y haciéndole levantar la cara. Aquel niño se parecía mucho a su hijo muerto. El director dijo: “Está bien”. Hizo la matrícula; despidió al padre y al hijo, y se quedó pensativo. “¡Es lástima que usted se vaya!”, repitió mi padre. Y entonces el director cogió su instancia de jubilación, la rompió en dos pedazos, y dijo: “Me quedo”.



LOS SOLDADOS

Martes 22.—Su hijo era voluntario del ejército cuando murió; por eso el director va siempre a la plaza a ver pasar los soldados cuando salimos de la escuela. Ayer pasaba un regimiento de infantería, y cincuenta muchachos se pusieron a saltar alrededor de

la música, cantando y llevando el compás con las reglas sobre la cartera. Nosotros estábamos en un grupo, en la acera, mirando: Garrón, oprimiendo entre su estrecha ropa, mordía un pedazo de pan; Votino, aquel tan elegantito, que siempre está quitándose las motas; Precusa el hijo del forjador, con la chaqueta de su padre; el calabrés; el *albañilito*, Crosi, con su roja cabeza; Franti, con su aire descarado, y también Roberto, el hijo del capitán de artillería, el que salvó al niño del ómnibus y que ahora anda con muletas. Franti se echó a reír de un soldado que cojeaba. Pero de pronto sintió una mano sobre el hombro; se volvió: era el director. “Oyeme —le dijo al punto—; burlarse de un soldado cuando esté en las filas, cuando no puede vengarse ni responder, es como insultar a un hombre atado: es una villanía”. Franti desapareció. Los soldados pasaron de cuatro en cuatro, sudando y cubiertos de polvo, y las puntas de las bayonetas resplandecían con el sol. El director dijo: “Debéis querer mucho a los soldados. Son nuestros defensores; ellos irían a hacerse matar por nosotros si mañana un ejército extranjero amenazase nuestro país. Son también muchachos, pues tienen pocos años más que vosotros y también van a la escuela; hay entre ellos pobres y ricos, como entre nosotros sucede, y vienen también de todas partes de Italia. Vedlos; casi se les puede reconocer por la cara: pasan sicilianos, sardos, napolitanos, lombardos. Este es un regimiento veterano, de los que han combatido en 1848. Los soldados no son ya aquéllos; pero la bandera es siempre la misma. ¡Cuántos habrán muerto por la patria alrededor de esa bandera veterana antes que nacierais vosotros!” “Ahí viene!” dijo Garrón. Y en efecto, se veía ya cerca la bandera, que sobresalía por cima de la cabeza de los soldados. “Haced una cosa, hijos —dijo el director— saludad con respeto la bandera tricolor”. La bandera, llevada por un oficial, pasó delante de nosotros, rota y descolorida con sus corbatas sobre el asta. Todos a un tiempo llevamos la mano a las gorras. El oficial nos miró sonriendo y nos devolvió el saludo con la mano. “Buenos muchachos”, dijo uno detrás de nosotros. No volvimos a verle: era un anciano que llevaba en el ojal de la levita la cinta azul de la campaña de Crimea; un oficial retirado: “¡Bravo —dijo—; habéis hecho una cosa que os enaltece!” Entretanto, la banda del regimiento volvía por el fondo de la plaza rodeada de una turba de chiquillos y cien gritos alegres acompañaban los sonidos de las trompetas, como un canto de guerra. “¡Bravo! —repitió el veterano oficial mirándonos—. El que de pequeño respeta la bandera, sabrá defenderla cuando sea mayor”.



## EL PROTECTOR DE NELLE

*Miércoles 23.*—También Nelle, el pobre jorobadito, miraba ayer a los militares; pero de un modo así, como pensando: “¡Yo no podré nunca ser soldado!” Es bueno y estudia; pero está demacrado y pálido y le cuesta trabajo respirar. Lleva siempre un largo delantal de tela negra lustrosa. Su madre es una señora pequeña y rubia, vestida de negro que viene siempre a recogerle a la salida para que no salga en tropel con los demás, y le acaricia mucho. En los primeros días, porque tiene la desgracia de ser jorobado, muchos niños se burlaban de él y le pegaban en la espalda con las carteras: mas él nunca se enfada ni decía nada a su madre por no darle el disgusto de que supiera que su hijo era juguete de sus compañeros; se mofaban de él, y él lloraba y callaba apoyando la frente sobre el banco. Pero una mañana se levantó Garrón y dijo: “Al primero que toque a Nelle le doy un testerazo que lo hago dar tres vueltas!” Franti no hizo caso, y recibió el testerazo y dio las tres vueltas, y desde entonces ninguno tocó más a Nelle. El maestro le puso cerca de Garrón, en el mismo banco. Así se hicieron muy amigos, y Nelle ha tomado mucho cariño a Garrón. Apenas entra en la escuela busca en seguida por dónde anda, y no se va nunca sin decir: “Adiós, Garrón”. Y lo mismo hace Garrón con él. Cuando a Nelle se le cae la pluma o un libro debajo del banco, en seguida, para que no tenga el trabajo de agacharse, Garrón se inclina y le recoge el libro o la pluma después le ayuda a arreglarse el traje y a ponerse el abrigo. Por esto Nelle le quiere mucho, le está siempre mirando, y cuando el maestro lo celebra, se pone tan contento como si lo celebrase a él. Nelle al fin, tuvo que decírselo todo a su madre: las burlas de los primeros días; lo que le hacía sufrir, y, después, el compañero que le defendió y a quien tomó tanto cariño; y debe habérselo dicho por lo que sucedió esta mañana. El maestro me mandó llevar al director el programa de la lección media hora antes de la salida, y yo estaba en su despacho cuando entró una señora rubia, vestida de negro, la mamá de Nelle, la cual dijo: “Señor director: ¿hay en la clase de mi hijo un niño que se llama Garrón?”, “Sí”, respondió el director. “¿Quiere usted tener la bondad de hacerle venir aquí un momento, porque tengo que decirle algunas palabras?” El director llamó al bedel y lo mandó al aula; y un minuto después llegó muy asombrado, a la puerta, Garrón, a su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dio muchos besos en la cabeza, diciendo: “¿Tú eres Garrón el amigo de mi hijo, el protector de mi pobre niño; eres tú, querido, tú hermoso?...”

Después buscó precipitadamente en sus bolsillos y no encontrando nada en ellos se arrancó del cuello una cadena con una crucecita y la colgó del de Garrón, por debajo de la corbata, y añadió: “¡Tómala, llévala en recuerdo mío, querido niño, en recuerdo de la madre de Nelle que, te da millones de millones de gracias y que te bendice!”

## EL PRIMERO DE LA CLASE

*Viernes 25.*—Garrón se trae el cariño de todos, y Deroso la admiración. Ha tenido el primer premio; será también el número uno de este año; nadie puede competir con él; todos reconocen su superioridad en todas las asignaturas. Es el primero en Aritmética, en Gramática, en Retórica, en Dibujo; todo lo comprende al vuelo; tiene una memoria prodigiosa; todo lo aprende sin esfuerzo: parece que el estudio es un juego para él. El maestro le dijo ayer: “Haz recibido grandes dones de Dios: no tienes que hacer más que no malgastarlos”. Es también, por lo demás, alto, guapo, tiene el cabello rubio y rizado; tan ágil, que salta sobre un banco sin apoyar más que una mano; sabe ya esgrima. Tiene doce años; es hijo de un comerciante; va siempre vestido de azul con botones dorados; vivo, alegre, gracioso, ayuda a cuantos puede en el examen y nadie se atreve a jugarle una mala pasada, ni a dirigirle una palabra malsonante. Nobis y Franti solamente lo miran de reojo, y a Votino le rebosa la envidia por los ojos; mas parece que ni lo advierte siquiera. Todos le sonríen y le dan la mano o un abrazo cuando da la vuelta recogiendo los trabajos de aquel modo tan gracioso y simpático. El regala periódicos ilustrados, dibujos; todo lo que en su casa le regalan a él; ha hecho para el calabrés un pequeño mapa de la Calabria; y todo lo da siempre sin pretensiones, a lo gran señor, sin demostrar predilección por ninguno. Es imposible no envidiarle, no reconocer su superioridad en todo. ¡Ay!, yo también, como Votino, lo envidio. Y siento una amargura, una especie de despecho contra él alguna vez, cuando me cuesta tanto hacer trabajo en casa y pienso que a aquella hora ya lo tendrá él acabado muy bien y sin esfuerzo alguno. Poco después cuando vuelvo a la escuela y lo encuentro tan bueno, sonriente y afable; cuando lo oigo responder con tanta seguridad a las preguntas del maestro, qué amable es y cuánto lo quieren todos, entonces todo rencor, todo despecho lo arrojo de mi corazón y me avergüenzo de haber tenido aquellos sentimientos. Quisiera entonces estar siempre a su lado, quisiera poder seguir todos los estudios con él; su presencia su voz,



me infunden valor, gana de trabajar, alegría, placer. El maestro le ha dado a copiar el cuento mensual que leerá mañana. *El pequeño vigía lombardo*: él lo copiaba esta mañana, y estaba conmovido con aquel hecho heroico; se le veía encendido el rostro, con los ojos húmedos y la boca temblorosa; yo le miraba con satisfacción, diciendo: "¡Qué hermoso está!" Con gusto le hubiera dicho yo en su cara francamente: "Deroso, tú vales mucho más que yo! ¡Tú eres un hombre a mi lado! ¡Yo te respeto y te admiro!"



### EL PEQUEÑO VIGIA LOMBARDO

(Cuento mensual)

Sábado 26.—En 1859, durante la guerra por el rescate de Lombardía, pocos días después de la batalla de Solferino y San Martino, ganada por los franceses y los italianos contra los austríacos, en una hermosa mañana del mes de junio, una sección de caballería de Saluzo iba, a paso lento, por estrecha senda solitaria hacia el enemigo, explorando el campo atentamente. Mandaban la sección un oficial y un sargento, y todos miraban a lo lejos delante

de sí, con los ojos fijos, silenciosos, preparándose para ver blanquear a cada momento, entre los árboles, las divisiones de las avanzadas enemigas. Llegaron así a cierta casita rústica, rodeada de fresnos, delante de la cual sólo había un muchacho como de doce años, que descortezaba gruesa rama con un cuchillo para proporcionarse un bastón; en una de las ventanas de la casa tremolaba al viento la bandera tricolor; dentro no había nadie: los aldeanos, izada su bandera, habían escapado por miedo a los austríacos. Apenas divisó la caballería el muchacho, tiró el bastón y se quitó la gorra. Era un hermoso niño, de aire descarado, con ojos grandes y azules, los cabellos rubios y largos; estaba en mangas de camisa y enseñaba el pecho desnudo. "¿Qué haces aquí? —le preguntó el oficial, parando el caballo—. ¿Por qué no has huído con tu familia?" "Yo no tengo familia —respondió el muchacho—. Soy expósito. Trabajo algo al servicio de todos. Me he quedado aquí para ver la guerra". "¿Has visto pasar a los austríacos?" "No, desde hace tres días".

El oficial se quedó un poco pensativo; después se apeó del caballo y, dejando los soldados allí vueltos hacia el enemigo, entró en la casa y subió hasta el tejado: no se veía más que un pedazo de campo. "Es menester subir sobre los árboles", pensó el oficial, y bajó. Precisamente delante de la casa se alzaba un fresno altísimo y flexible, cuya copa casi se mecía en las nubes. El oficial, estuvo por momentos indeciso, mirando ya al árbol, ya a los soldados; de pronto, preguntó al muchacho: "¿Tienes buena vista, chico?" "¿Yo? —respondió el muchacho—. Yo veo a un gorrioncillo aunque esté a dos leguas". "¿Sabes tú subir a la cima de aquel árbol?" "¿A la cima de aquel árbol, yo? En medio minuto me subo". "¿Y sabrás decirme lo que veas desde allí arriba, si son soldados austríacos, nubes de polvo, fusiles que relucen, caballos...?" "De seguro que sabré". "¿Qué quieres por prestarme este servicio?" "¿Qué quiero? —dijo el muchacho sonriendo—. Nada. ¡Vaya una cosa! Y después, si fuera por los *alemanes*: entonces por ningún precio; ¡pero por los nuestros! ¡Si soy lombardo!" "Bien, súbete, pues". "Espere que me quite los zapatos".

Se quitó el calzado, se apretó el cinturón, echó al suelo la gorra y se abrazó al tronco del fresno. "Pero, mira..." exclamó el oficial, intentando detenerlo como sobrecogido por repentino temor.

El muchacho se volvió a mirarlo con sus hermosos ojos azules, en actitud interrogante. "Nada —dijo el oficial—; sube".

El muchacho se encaramó como un gato. "¡Mirad adelante de vosotros!" gritó el oficial a los soldados.



En pocos momentos el muchacho estuvo en la copa con el pecho descubierto, y su rubia cabeza resplandecía con el sol pareciendo oro. El oficial apenas lo veía: tan lejos resultaba allí arriba. "Mira hacia el frente, y muy lejos", gritó el oficial.

El chico para ver mejor, sacó la mano derecha que apoyaba en el árbol, y se la puso sobre los ojos de manera de pantalla. "¿Qué ves?", preguntó el oficial.

El muchacho inclinó la cara hacia él, y, haciendo portavoz de su mano, respondió: "Dos hombres a caballo en lo blanco del camino". "¿A qué distancia de aquí?" "Media legua". "¿Se mueven?" "¿Están parados?". "¿Qué otra cosa ves?" —preguntó el oficial, después de un instante de silencio—. "Mira a la derecha". El chico dijo: "Cerca del cementerio, entre los árboles, hay algo que brilla: parecen bayonetas". "¿Ves gente?" "No; estarán escondidos entre los sembrados".

En aquel momento un silbido de bala agudísimo se sintió por el aire y fue a perderse lejos, detrás de la casa. "¡Bájate, muchacho! —gritó el oficial—. Te han visto. No quiero saber más. Vente abajo". "Yo no tengo miedo", respondió el chico. "¡Baja!"... repitió el oficial. "¿Qué más ves a la izquierda?" "¿A la izquierda?"

El muchacho volvió la cabeza a la izquierda. En aquel momento otro silbido más agudo y más bajo hendió los aires. El muchacho se ocultó todo lo que pudo. "¡Vamos! —exclamó—; la han tomado conmigo! La bala le había pasado muy cerca. "¡Abajo!" gritó el oficial con energía y furioso. "En seguida bajo —respondió el chico—; pero el árbol me resguarda; no tenga usted cuidado. ¿A la izquierda quiere usted saber?" "A la izquierda —respondió el oficial—; pero baja". "A la izquierda —gritó el niño dirigiendo el cuerpo hacia aquella parte—, donde hay una capilla, me parece ver..."

Un terrible silbido pasó por lo alto, y en seguida se vio al muchacho venir abajo, deteniendo un punto en el tronco y en las ramas, y precipitándose después de cabeza con los brazos abiertos. "Maldición", gritó el oficial acudiendo.

El chico cayó a tierra de espaldas, y quedó tendido con los brazos abiertos, boca arriba; un arroyo de sangre le salió del pecho, a la izquierda. El sargento y dos soldados se apearon de sus caballos, el oficial se agachó y le separó la camisa; la bala le había entrado en el pulmón izquierdo. "¡Está muerto!", exclamó el oficial. "¡No, vive!" replicó el sargento. "¡Ah, pobre niño valiente muchacho! —gritó el oficial—. ¡Animo, ánimo! Pero mientras decía

"ánimo" y le oprimía el pañuelo sobre la herida, el muchacho movió los ojos e inclinó la cabeza: había muerto. El oficial palideció y lo miró fijo un minuto; después le arregló la cabeza sobre la hierba, se levantó, y estuvo otro instante mirándolo. También el sargento y los dos soldados, inmóviles, lo miraban; los demás estaban vueltos hacia el enemigo. "¡Pobre muchacho! —repitió tristemente el oficial—. ¡Pobre y valiente niño!"

Luego se acercó a la casa, quitó de la ventana la bandera tricolor y la extendió como paño fúnebre sobre el pobre muerto, dejándole la cara descubierta. El sargento acercó al lado del muerto los zapatos, la gorra, el bastón y el cuchillo.

Permanecieron aún un rato silenciosos; después el oficial se volvió al sargento y le dijo: "Mandaremos que lo recoja la ambulancia, ha muerto como soldado, y como soldado debemos enterrarlo". Dicho esto, dio al muerto un beso en la frente y gritó: "¡A caballo!" Todos se aseguraron en la sillas, reunióse la sección y volvió a emprender la marcha.

Pocas horas después el pobre muerto tuvo los honores de guerra.

Al ponerse el Sol, toda la línea de las avanzadas italianas se dirigían hacia el enemigo, y por el mismo camino que recorrió por la mañana la sección de caballería, caminaba en dos filas un bravo batallón de cazadores el cual pocos días antes había regado vale-



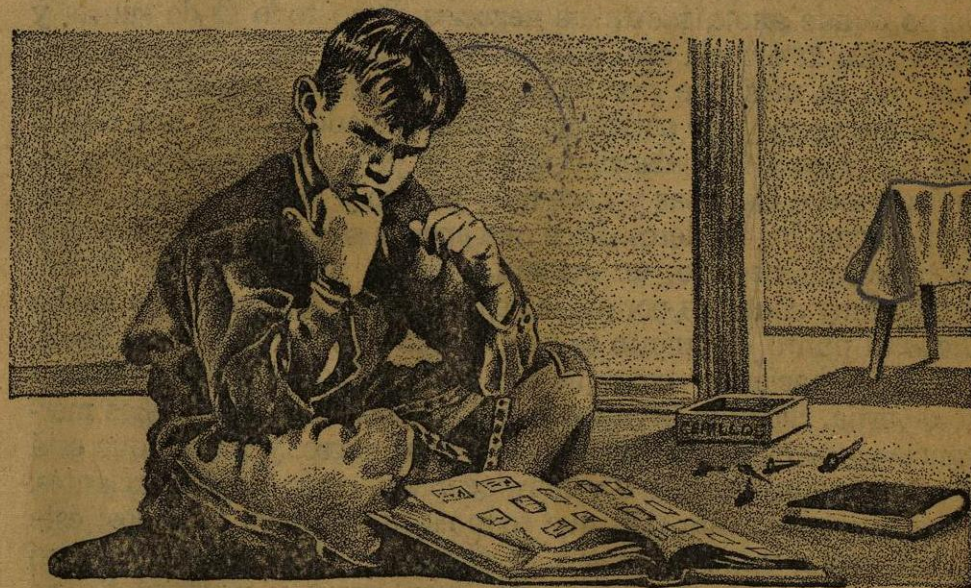


rosamente con su sangre el collado de San Martino. La noticia de la muerte del muchacho había corrido ya entre los soldados antes que dejaran sus campamentos. El camino, flanqueado por un arroyuelo, pasaba a pocos pasos de distancia de la casa: cuando los primeros oficiales del batallón vieron el pequeño cadáver tendido al pie del fresno y cubierto con la bandera tricolor, lo saludaron con sus sables y uno de ellos se inclinó sobre la orilla del arroyo, que estaba muy florida, arrancó las flores y se las echó. Entonces todos los cazadores, conforme iban pasando, cortaron flores y las arrojaban al muerto. En pocos momentos el muchacho se vio cubierto de flores, y los soldados le dirigían todos sus saludos al pasar. "¡Bravo, pequeño lombardo! ¡Adiós, niño! ¡Adiós, rubio! ¡Viva! ¡Bendito sea! ¡Adiós!" Un oficial le puso su cruz roja, otro le besó en la frente, y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente como si oyese aquellos saludos y estuviese contento de haber dado la vida por su patria.

### LOS POBRES

Martes 29.—"Dar la vida por la patria, como el muchacho lombardo, es una gran virtud; pero no olvides tampoco, hijo mío, otras virtudes menos brillantes. Esta mañana, yendo delante de mí cuando volvíamos de la escuela, pasaste junto a una pobre que tenía sobre sus rodillas a un niño extenuado y pálido, y que te pidió limosna. Tú la miraste y no le diste nada, y quizás llevabas dinero en el bolsillo. Oye, hijo mío: no te acostumbres a pasar con indiferencia delante de la miseria que tiende la mano, y mucho menos delante de una madre que pide limosna para su hijo. Piensa en que quizás aquel niño tenía hambre; piensa en la desesperación de aquella mujer. Imagínate el desesperado sollozo de tu madre, cuando un día tuviese que decir: "Enrique, hoy no puedo darte ni un pedazo de pan". Cuando yo doy diez céntimos a un pobre y éste me dice: "¡Dios le dé salud a usted y a sus hijos!", tú no puedes comprender la dulzura que siento en mi corazón con aquellas palabras y la gratitud que aquel hombre me inspira. Me parece que, con aquel buen presagio voy a conservar mi salud y tú la tuya por mucho tiempo, y vuelvo a casa pensando: "¡Oh, aquel pobre me ha dado más de lo que le he dado a él!" Pues bien: haz tú por oír alguna vez buenos augurios análogos, provocados, merecidos por ti; saca de vez en cuando cuartos de tu bolsillo para dejarlos caer en

la mano del viejo necesitado, de la madre sin pan, del niño sin madre. A los pobres les gusta la limosna de los niños porque no les humilla, y porque los niños, que necesitan de todo el mundo, se les parecen. He aquí por qué siempre hay pobres en la puerta de las escuelas. La limosna del hombre es acto de caridad; pero la del niño, al mismo tiempo que un acto de caridad, es caricia. ¿Comprendes? Es como si de su mano cayeran a la vez un socorro y una flor. Piensa en que a ti no te falta nada, mientras que les falta todo a ellos, que mientras tú ambicionas ser feliz ellos con vivir se contentan. Piensa que es un horror que en medio de tantos palacios, en las calles por donde pasan carruajes y niños vestidos de terciopelo, haya mujeres y niños que no tienen qué comer. ¡Que en medio de una gran ciudad no tienen que comer, como fieras perdidas en un desierto! ¡Oh, Enrique!: no pases nunca más delante de una madre que pida limosna sin dejarle un socorro en la mano.—*Tu madre*".



### DICIEMBRE

#### EL COMERCIANTE

Jueves 1º—Mi padre quiere que cada día de fiesta haga venir a casa a uno de mis compañeros, o que vaya a buscarlo para hacerme poco a poco amigo de todos. El domingo fui a pasear con Votino: aquel tan bien vestido, que se está siempre alisando y que tiene tanta envidia de Deroso. Hoy ha venido a casa Garofi; aquel